

## **Asuntos civiles. Plebiscito en Chile**

**Sergio Marras**

La noche del 4 al 5 de octubre de 1988 en Santiago de Chile, era una noche caliente. Las sábanas se pegaban en las piernas sudadas de los que intentaban dormir. Muchos ciudadanos acariciaron hasta tarde diversos tipos de armas dejando pegajosos laques y cuchillos, cadenas y pistolas, metralletas y lanzamisiles; bizarros instrumentos para habitantes de un país que se ha jactado desde su nacimiento de no tener bichos venenosos, de gozar un clima ni muy frío ni muy caliente; y cuyos señores, entre múltiples disimulos, han tratado de ocultar su mestizaje con afrancesamientos y britanismos. Un país en el que entre las virtudes máximas de sus gentes se cuentan la de pasar inadvertido y la de ser tenido por moderado en la vida pública y privada. En general los súbditos de esta nación son adictos al *Promedio*, lugar predilecto donde se desempeñan sin sobresaltos. No existe la derecha, sino la centroderecha; no existe la izquierda, sino la centroizquierda. El resto son extremistas y personas de mal gusto. Sólo a algunos se les permite estar en los márgenes, porque sus intelectuales piensan que no hay sociedad interesante sin el brillo totémico de la marginalidad.

Pero decíamos que esa noche se había sudado y al prender muy temprano las radios, antes de que el sol saliera, las manos chorreaban incertidumbre y todos debieron beber mucha agua en el desayuno, para no deshidratarse antes de que comenzara el día. Y las radios llamaban a no dejarse amedrentar y a levantarse temprano y a estar alegres y a no ser violentos y a ser respetuosos del prójimo y a no atormentarse y a no ser peleadores y a no pisarle el pie al vecino y a no ser maldadosos ni mal pensados y a no decir cochinadas ni escupir en las veredas.

Al mirar por las ventanas parecía domingo, pero no era.

*Anoche me costó quedarme dormido. La verdad es que no dormí. Tuve la incómoda sensación de que ocurriría algo imprevisible. Por primera vez en muchos años presentí que había sido engañado.*

*Aquí he sido el jefe por varios años. Muchos más que cualquier otro en mi país. Ni siquiera los generales del siglo pasado, que eran más cazurros y patudos, se atrevieron a superar la década, y para eso incluyeron toda una faramalla de elecciones y reelecciones. La verdad es que yo me he aplicado en la estrategia. Ciertamente también que gran parte de mi éxito se lo*

*debo al Negro, que a través de todos estos años me ha llevado de la mano por los vericuetos del poder. Tuvo mucha razón mi compadre cuando me lo recomendó como asesor legal. Fue él, por ejemplo, quien me ayudó a deshacerme del aviador cuando se me puso **puntudo** y también fue él quien me despejó la Contraloría de la República para pasar esos decretos que el funcionario anterior, medio besafrail, me había estado obstaculizando como que no quiere la cosa.*

*Así que el Negro se encumbró bien, cabrito. Don Lucho tuvo razón cuando me afirmó que iba a funcionar bien, como buen socialista arrepentido. En el sur, de donde proviene, no tenía ninguna expectativa más que la de ser un abogaducho de provincia y nada más. Por lo que le di un lugar y demostró no ser nada de tonto. Es el tipo de persona que quiere recuperar el tiempo perdido y que se da cuenta al tiro quien es el dueño de la fiesta.*

*La realidad verdadera es que le estoy muy agradecido. Nunca olvidare cuando me explicó en qué consistiría la nueva Constitución y los peligros para la libertad que encerraba la otra, ésa que me había presentado el Consejo de Estado, presidido por aquel aristócrata que murió creyéndose el hoyo del queque pero que, desde mi modesto punto de vista, no conocía la evolución de los males de este siglo, ni sabía como protegernos tácticamente. ¡Si este caballero todavía andaba de a pie por la calle, y no pasaba nada con él! Yo una vez me acuerdo que traté de emularlo, porque mis asesores decían que eso al ciudadano medio le encantaba, y quedo la tendalada. Los pacos casi se volvieron locos tratando de contener el genio que deseaba acercarse. Nunca supe si eran partidarios u opositores, ni si querían matarme o felicitarme por algo; pero mi secretario personal me dijo que la gente esa me quería, que habían hecho encuestas, que no me preocupara. Eso sí, nunca más me dejaron salir a la calle solo.*

La gente fluye desde los rincones más diversos y se dirige a los lugares del suceso. Hay militares que observan desde puntos insospechados, desde el interior de una casa, desde la copa de un árbol, desde la ventanilla de un auto, desde un helicóptero pero, sobre todo, vigilan desde el corazón de cada cual.

(No sé qué horas serían; no muy temprano. Había como ruido de radios en el barrio, todas las radios estaban prendidas. También la de mi papá en la pieza de al lado. Yo, como leyendo, le pregunte: ¿que pasa papá, hay revolución? Y me contesto con una voz sepulcral: «El Presidente está hablando en este momento; yo creo que se va a suicidar por la manera en que esta hablando». Yo corrí a la pieza y alcance a escuchar la ultima parte del discurso. Yo tenía 11 años y ese día llore una buena parte de él. Ahora acabo de cumplir 26.)

Parece una fiesta de guardar, pero no lo es.

La muchedumbre desfila por las calles sin tráfico, tranquila, decidida, vigorosa y pechugona. ¿Y esta gente donde estaba cuando se llamó al paro nacional? ¿Y estos aparecidos donde estaban cuando se llamo a la huelga de brazos caídos? preguntan los observadores internacionales... Es que no entienden nada de este país. Aquí a la gente le gusta la legalidad, replica un siútico exsenador de anteojos polarizados.

Los corresponsales extranjeros no dejan de trabajar. ¿Y todos esos indecisos que entorpecían las encuestas? ¿Y aquellos que decían que este día no se mostrarían? ¿Por qué han llegado ahora tan apurados? Es que en este país la gente no habla, se guarda las cosas debajo del poncho, como dice el dicho. ¿Y por qué se habrán decidido a participar?

Los canales de televisión han comenzado a transmitir temprano y están mostrando como los ciudadanos se desplazan en familia llevando guaguas y perros. Los de la mayoría van bien peinados, han sacado su ropa de festivos y se ven contentos, ganadores. La policía esta amable, dicharachera. Por aquí, señor, por aquí señores. Me muestra la tarjetita. Si, por ahí va bien, no se vaya a perder.

(Bueno, yo ahora tengo 20 años y no tengo ninguna imagen del presidente anterior. No significa nada para mí. Fue el último presidente constitucional, es cierto, pero la Constitución de entonces y los presidentes constitucionales no alcanzan siquiera a ser un recuerdo. A mí no me preocupa recuperar nada. No veo héroes en el pasado, porque para mí el pasado simplemente no existe.)

Para los más votar es una experiencia que conocen a través de los cuentos de los mayores, ya que tenían menos de 18 años cuando a los demás se lo prohibieron.

El gentío, con una gran paciencia a cuestas, hace colas interminables y soporta el calor y mira a los desmayados y a los enfermos llegando y saliendo en sillas de ruedas, porque no pueden dejar de cumplir con el «deber cívico» y también sorprende votando a varios muertos y a un mongólico meándose en la cámara secreta de puro placer ciudadano. Y a nadie le importa, porque ese día parece domingo, aunque todos saben que no es.

Y se presentan ante las mesas de votación las personalidades - incluido el candidato único - y muestran su dedo manchado de verde al que se los quiera tocar, grabar, fotografiar y hacen declaraciones a quien los quiera oír. Dicen que no serán ellos candidatos si vuelve la democracia, aunque lo estudiaran si el pueblo se

los pide. Y el dedo verde se ve en todos los hogares, en diversos planos, con distintas inclinaciones, sonriente, esperanzado, lleno de indisimulado gozo. Dicen algunos que hay un fraude ambiental, pero que esta controlado. El candidato sólo muestra el dedo.

(Yo tengo ahora 27 y todo esto me produce una enorme nostalgia. A mí me hubiera gustado ser jipi y haber vivido la reforma universitaria y haberme tomado la catedral. Mis amigos actuales son casi todos de esa generación. Encuentro que tengo muy arraigado el pasado, sin nunca haberlo vivido. Me gusta Fabio y Adamo, y a veces me pilló hasta escuchando al Dúo Dinámico. Cuando converso, *cacho* que yo no tengo historia y me baja la desesperación y ¡me da una impotencia tan grande!, ¡putas, por qué mierda me tocó tener 9 añitos cuando quedó la cagada! ¿Qué culpa tengo yo? Siento además que eso será irrepetible y me da mas desesperación todavía.)

*El Negro me gusta, me da seguridad. Condujo muy bien las dos consultas populares que tuvimos que hacer durante los diez últimos años. ¡Arrasamos! La primera la hicimos para acallar a todos esos gallos de las Naciones Unidas, que desde un comienzo no me dejaron en paz con el cuento de los muertitos; y la otra fue para refrendar popularmente la nueva Constitución. Cosimos y cantamos, ¡cómo por un tubo! Por eso que cuando el Negro me propuso que el período presidencial, en vez de ser de dieciseis años como yo quería, lo dividiéramos en dos etapas de ocho, con un plebiscito entre medio, para no aparecer como muy acaparadores (total la gente me elegiría a mí, porque yo era preferible a cualquier vuelta al pasado), lo acepte, completa y gustosamente. ¡Gran estrategia el Negro! ¡Nadie podrá decir que yo no soy un cabal demócrata!*

*Para la nueva conjetura plebiscitaria, que hoy estamos viviendo, aunque toda mi gente me ha asegurado que ganaré lejos, tengo un poco de julepe. Algo raro creo yo que hay en que cada alcalde, cada gobernador y cada intendente, incluido el chico Ojeda, me digan que todo está atado y bien atado y que arrasaremos a lo largo y a lo ancho. Yo estoy seguro que las mujeres y la gente del campo votarán por el que habla, claro, porque esa gente sabe donde le aprieta el zapato y conoce lo que fue el marxismo en este país, cuando para conseguirse un pollo había que declararse leninista. Pero en las ciudades yo no estaría tan seguro. Sospecho que puede no ser tan así.*

*Aquí tengo un informe confidencial, de inteligencia policial, que me mandó el compadre Lucho, que dice que este país está lleno de malagradecidos y que desde que me nominaron candidato mucha gente se dio vuelta la chaqueta. Sí, que tengamos cuidado, porque el*

*autóctono es muy chaquetero, le gusta siempre ganar. Entre los traidores habría gente a la que yo, en su oportunidad, le salvé el patrimonio. Sé que el personal es recontra ingrato, pero ¿será para tanto? Le mande copia del informe al Negro, pero me contestó que no le hiciera caso a mi compadre, porque estaba mal informado. Recibía soplos de gente de la que el desconfiaba, como por ejemplo el coronel Salcedo, que había enviado los resultados de una encuesta hecha en su región donde ganaban los opositores y había tenido que humillarlo delante de sus subordinados por perturbar a la población con «falsedades y confusiones».*

La tensión es alta, la temperatura bambolea. La fecha escogida para el certamen ha sido precisa: antes de que las elecciones en el Imperio enfríen aún más a los empresarios vacilantes. Además, incluye pleno empleo temporal en el campo y está lejos de todas las efemérides de septiembre, que tanto enojan a los de un lado y otro de la cerca. Nadie quiere malos olores traídos por vientos de recuerdos ingratos, dice el comentarista político-deportivo.

Si se miran bien las caras, son pocos los ojos brillantes. Detrás de esta aparente ida masiva al estadio electoral, hay temor. No cabe duda que muchos de los que han dicho a sus amigos que votarán por el NO, lo harán por el SÍ. Y que partidarios del SÍ, preferían en el fondo de sus almas que el candidato pierda. Esto ha hecho a las encuestas sufrir sucesivas hemiplejías. Ninguna ha coincidido en los resultados.

(Muchas veces he soñado con el otro presidente como si fuera una figura de rock, o una figura que algún grupo de rock debiera haber incluido en su repertorio, porque siempre lo sueño ardiendo solo en el palacio, con una fuerza increíble, en una soledad increíble. El rock puede dar mucho mejor cuenta de ese día que una canción de peña. Su testimonio fue una metáfora.)

La campaña oficial ha tratado de conquistar a los jóvenes, que son la mitad exacta de los electores. Ellos conocen de la historia de la nación sólo a través de las historietas oficiales. Son la gran esperanza de los de uno y otro bando. Los votos de los campesinos y de las mujeres, el poder los supone conseguidos. «Papita para el loro» - dice el subsecretario - debido a que, según los expertos, los alcaldes son el único nexo de la ruralidad con el mundo, adornas de los patrones, claro, y entre todos, los han mimado con beneficios diversos. El hembraje, por su parte, de acuerdo a las mismas fuentes, no estaría por repetirse cuentos del ayer y protegería a su prole de cualquier cambio incierto.

En la franja publicitaria - a la que sólo ha tenido acceso durante quince minutos diarios - la oposición ha asociado su posible triunfo con la alegría y con un futuro de paz «consensual». Así, catapultó a todo el país imágenes imposibles de concebir

para la gente del campo, para las mujeres y en realidad para grandes y chicos, adolescentes y ancianos, ricos y pobres, o para cualquiera que haya vivido los últimos años de la historia del territorio: como la mamá del futbolista famoso que contó como la habían torturado, el relato del juez que narró como los servicios de seguridad apuraban a sus interrogados, los testimonios de los héroes de las telenovelas que simplemente en cámara menearon sus cabezas de izquierda a derecha y de derecha a izquierda sin decir nada, con la boca, claro. O aquellas negativas de dedo que hicieron algunos científicos sonrientes y bonachones. Y así la buena nueva de que era posible derrotar al general incluso en la cancha marcada por él, se fue rebotando de cerro en cerro, rasando por todo el paisaje nacional, quitando el miedo y aclarando los conceptos, como declararían el jefe mapuche de una comunidad que su alcalde había dado como arrasadora para el SI, «desde todo punto de vista».

La publicidad oficial sólo se ha limitado a recordar los tiempos pasados, aquellos del desorden en la vía pública, de cuando la gente no tenía que comer, de los *resquicios legales*, y de la ceguera de los gobernantes. Una señora llegó a afirmar a un matutino que había pensado, al verla por primera vez, que esa era la publicidad de la oposición. Y que sólo cuando se pusieron a hablar de los logros «macroeconómicos» y de la carretera que lleva el nombre del candidato, se había percatado de que se trataba realmente. Además, claro, ya no le cupo duda cuando pusieron a las vecinas de la mamá del futbolista de la otra franja a pelarla en vivo y en directo por fanfarrona. Y también contó que le habían venido sofocos cuando entrevistaron a la ex-mujer desquiciada de un líder opositor contando intimidades domésticas de su vida pasada.

(Me acuerdo que estaba con una falda blanca y con un sweater verde botella; debo haber tenido unos 5 años. Cada vez que pasaba un helicóptero giraba como un trompo con los brazos abiertos, cuando pasaba un avión extendía los brazos y corría. Lo hacía como para avisarles a mis papás, como para que supieran a que atenerse.)

*No se puede negar que hay una cosa curiosa en esto de votar hoy día. Me recuerda los tiempos inmemoriales de cuando yo era chico y acompañaba a mi papá a sufragar. Porque sufragar se llamaba entonces al acto cívico de depositar el voto, y era un verdadero día de fiesta. Es increíble como los jóvenes actuales retoman la tradición como si siempre lo hubieran visto hacer.*

*Esta mañana, cuando estaba adentro de la cámara secreta, se me vino a la mente la quema de los registros electorales poco después de que asumí el poder. Fue como prenderle fuego a Roma por los cuatro costados. Nunca había visto caras tan largas, incluso entre los más decididos. Sabíamos que en ese acto destruíamos el pilar básico de la convivencia nacional, pero teníamos que hacerlo, porque nuestra sociedad había perdido la brújula, se había corrompido intrínsecamente eligiendo como sucesor de sus excelencias al Caín que generaría su propia destrucción. Era claro que ese pueblo no estaría en condiciones de elegir a sus autoridades por mucho tiempo.*

*Con el paso de los años, todavía no me queda claro que mi pueblo haya aprendido. Aunque finalmente todos entraron al juego que yo dicte y hasta los más rojos están recitando, en este mismo momento, el sionó, la política ha seguido dentro de un plano más bien inmoral. Baste si no ver el contubernio cristiano-marxista que hay en mi contra, formando las más extravagantes alianzas entre el Vaticano, Washington y Moscú. Han intentado desprestigiar me por todos los medios; en la televisión han dicho todo de mí y no se dan cuenta de que si están haciendo cola para votar me lo deben a mí. A que yo en un momento comprometí mi existencia para que ahora ellos le den libremente rienda suelta a su genética cívica y vivan sus utopías, aunque sea por un día.*

A las ocho de la noche ya todos han vomitado el sionó y todavía bien peinados se acomodan en sus casas para saber que sucederá con sus vidas. Están como de haberse pegado su primer polvo con la Historia. Con pisco sour o vinito y papel y lápiz en mano, se aprestan ahora a dirimir el evento.

Entre bambalinas la cosa esta poniéndose filuda. Durante todo el día se ha estado negociando. Entre los opositores se discute si salir a celebrar el triunfo a la calle o no. Entre los otros se conversa en que momento llamar a las masas a festejar la victoria, si antes o después de saber quien ha ganado.

Hay dos grupos que tienen el monopolio de los resultados. Obviamente el Grupo del NO y el Grupo del SI, cada uno con una central de recolección de datos «totalmente computarizada». Nadie duda a esas alturas sobre quién está ganando. El problema es cómo comunicárselo al candidato. Todos ellos le habían requetejurado que triunfaría. La cosa es seria y hay que encontrar una estrategia. Cómo le van a decir a un general nunca derrotado que corrió solo y que llegó segundo, como titularía después un diario popular. Se lo vamos a decir de a poco, propuso uno...

A las 18:30 el subsecretario se para frente a los micrófonos y dice ¡Gana el SÍ! con el 0.09 de las mesas computadas. Después de unas horas, vuelve para reafirmar nuevamente que ¡gana el SÍ! con el 0.10 de las mesas contadas. Los observadores se miran las caras. Los corresponsales arriscan las narices y los periodistas avezados corren a ver que está ocurriendo en los cuarteles.

(El golpe me marcó mucho, yo creo. Marcó mucho mi vida el mismo golpe: ese día no asistí a clases y me quede escuchando radio. No había locomoción, la gente volvía a pie del trabaja. Pasaban aviones en vuelo rasante. Miedo no creo haber sentido entonces. Simplemente extrañeza. ¿Que crestas esta pasando?.)

Las tropas se comienzan a mover. Algunos corvos salen a relucir. Los canales de televisión empiezan a pasar dibujos animados. Los resultados emitidos por los del Grupo del NO se esfuman en las manos de los periodistas oficiales.

La derecha de centroderecha se empieza a colocar nerviosa. También algunos empresarios. No vaya a ser que el caballero se haga un numérico. Los del NO logran colar a la tele la información de que revisados 500.000 votos de un total de 7 millones, el NO gana por mas del 50 por ciento.

Mientras tanto, la derecha de derecha le sugiere al candidato que pida facultades especiales «por si acaso fuera necesario». El candidato lo hace a través de su amigo el Negro. Favor no concedido. El candidato ya no se manda solo.

Los muchachos del general saben que la cosa no va por ahí, que si bien su hombre se ha fundido, pueden presumir que el NO es sólo para él y no para el grupo que lo ha apoyado. Si ahora van al enfrentamiento, podría ser un desastre, del cual sería difícil recuperarse. Se lo habían advertido los curas y el propio Imperio. Corren a la televisión a decir que el NO ha ganado y que comienza la democracia en el país. Se ponen tensos, porque saben que el candidato se ha encerrado en palacio a conversar con alguien a puertas cerradas. Su ayudante se ha desmayado al conocer los detalles de la noticia. Han perdido en doce de trece regiones. Entre las mujeres y las gentes del campo la negativa ha cundido como balido de ovejas.

*El desaliento a veces me acongoja. Ustedes lo saben bien como padres de patrias que son; después de todo, les ha tocado vivir el exilio y la traición en algunos momentos de sus vidas. A ti, por ejemplo, te obligaron a renunciar y a abandonar el país. A ti te asesinaron a mansalva. Tu moriste con tu gran proyecto fracasado, deambulando con un ejército pobre y mal vestido por la Cordillera de los Andes. Y a ti te fusilaron tus propios generales. Yo creo*



*haber tenido mejor suerte, ya que la semilla de mi pensamiento caló hondo y por fin la modernidad ha llegado a este país; lo que sí me preocupa es que mi gente nunca ha llegado a entender cabalmente que estamos en una guerra sin cuartel contra los que quieren convertirnos a todos en obreros. Ustedes desde sus cuadros de próceres continentales habrán podido observar como, a pesar de lo que nos critican, pisamos más fuerte como pueblo. Aquí se ven las mismas películas que en Nueva York y al mismo tiempo. Aquí, en este territorio, se puede llamar a cualquier lugar del mundo con sólo marcar. Estamos a las puertas del desarrollo. Sólo nos falta sacarnos los lastres profundos de la ideología y de la política.*

*Mírenlos, ahí están haciendo cola por una abstracción que se llama democracia, la que como idea practicable no lleva más de dos siglos. ¡Y creen que eso es la Historia! Por eso yo sembré en ellos una nueva concepción de esa democracia y hoy debieran manifestarse por ella, porque yo formo parte de su cultura política. Votarán por mí porque no sabrán hacer otra cosa. Soy su software existencial. En eso el Negro tiene razón. Perder esta fuera de toda consideración.*

*Ven esta pistola, Bernardo, José, Simón, Antonio José, la podría usar para muchas cosas. Los traidores querrían que yo me pegase un tiro en el mate. Mis partidarios la quisieran ver encabezando una segunda revolución. Como ven, ninguno ama la susodicha democracia. Salvo esos desaliflados y rotosos que pueden divisar en esas colas junto con algunos otros descalzados. Y creen en su utopía, porque no tienen nada que perder. Si lo tuvieran, estarían de mi lado. El dilema es muy simple: ¡propietarios versus proletarios! Esta pistola es hoy el motor moral y jurídico de este país desde que ellos se pusieron de rodillas para que los protegiera de su propia libertad. Ellos creyeron que podía ser de otra manera quizás, pero no tomaron en cuenta que yo soy un guerrero y no un político, y que esa condición le pondría el sello definitivo a mi acción. ¿De que se quejan entonces? No los entiendo. Sólo intuyo que son unos cobardes.*

*Ustedes, como militares y como gestores de la independencia de nuestro continente, bien saben, queridos amigos, la pistola es para la gente como uno el símbolo del reino. Sólo me podrán achacar un error las futuras generaciones militares y es haber sometido ese símbolo a la voluntad civil.*

*¡Dios salve a los héroes!*